

que este tipo de enfoque de su obra se encuentra aún bastante relegado o descuidado, sin dejar de tener en cuenta las honrosas excepciones que se van produciendo²³.

Además del interés sociohistórico de los escritos de Martínez Estrada, la presencia del elemento literario no es simplemente «complementaria». Lo literario es esencial en su discurso. Esto se refleja a través de diversos estudios de tipo lingüístico que últimamente se han hecho de su obra. En estos estudios se manifiestan, entre otras, las siguientes cualidades de Martínez Estrada: los aspectos denotativo y connotativo cumplen un papel muy importante en la comunicación estética; la evaluación especializada de su obra refleja una notable riqueza lingüística y una notoria habilidad en la organización del discurso²⁴.

Finalmente, no nos parece inapropiado traer a colación, a propósito de Martínez Estrada, una reflexión de Guillermo de Torre sobre Unamuno: «No olvidemos su idiosincrasia opositora, su temperamental *anti*, que le llevaba a definirse oponiéndose²⁵.

El concepto y sobre todo la paradoja constituyen rasgos definitorios del estilo de Martínez Estrada. Sus vías de acceso a estos recursos, al menos las conscientes, proceden de un acercamiento irregular a muy diversas fuentes, entre las que no faltan las esenciales referidas a nuestra lengua. Martínez Estrada, intelectual ético (no todos lo son) no podía privarse de acudir a esta tradición literaria que tiene sus raíces más evidentes en el barroco español. Por lo demás, su personalidad halló en las expresiones conceptistas de nuestra lengua la manera más apta, tal vez la única, de expresarse a sí mismo. Este carácter punzante, picante, irónico, definitorio, profético, paradójico, neobarroco, perniciosamente conceptista en fin, acerca a Martínez Estrada a una tradición común que, precisamente desde el barroco, mezcla los caminos de los escritores de ambos lados del Atlántico.

Gálvez y Mallea

Aunque las trayectorias literarias de Manuel Gálvez y Eduardo Mallea configuran rutas claramente diferenciadas en las letras argentinas, existen

²³ En los dos congresos internacionales efectuados en Bahía Blanca (1993 y 1995), fueron expuestos varios trabajos en esta dirección. Cf. las Actas, editadas respectivamente en Bahía Blanca, I (1995) y II (1996).

²⁴ Remitimos al ya mencionado trabajo de Elena Rojas (v. n. 16).

²⁵ Ver Guillermo de Torre, Tres conceptos de la literatura hispanoamericana, Buenos Aires, Losada, 1963, p. 65.

entre ambos importantes puntos de convergencia. Arnold Chapman ya elaboró bastante tiempo atrás una primera aproximación acerca de las semejanzas y diferencias de sus respectivas obras²⁶. La cuestión, sin embargo, merece renovado tratamiento, por diversas razones. Una, que no carece de importancia dentro de la historia de nuestra literatura, es el relativo olvido en que ha quedado la obra de ambos escritores, más prolongado el que concierne a Gálvez y algo más reducido el que concierne a Mallea, lo cual tiene su explicación, entre otros motivos, por las dos décadas que separan la muerte de uno y otro. Ahora, desaparecidos ambos, la crítica especializada –salvo contadas excepciones– no les presta mayor atención.

El creciente interés de algunos críticos de alta jerarquía intelectual en el estudio de las relaciones literarias hispanoargentinas²⁷, el propio centenario de la generación del 98 y el consiguiente reexamen de sus contribuciones, justifican desde un ángulo –si se quiere «pragmático»– el reencuentro con Gálvez y con Mallea. Dicho sea esto sin desmedro alguno de la importancia objetiva que atribuimos a la obra de ambos²⁸.

A diferencia de Martínez Estrada, antihispanista por principio e hispano por idiosincrasia, tanto en Gálvez como en Mallea existe, con diversos matices, una voluntad de asumir conscientemente la tradición española. El caso de Gálvez es, en principio, el más evidente y consciente. Gálvez reclama, con indisimulado orgullo y en numerosas oportunidades, no solamente su vocación hispanista –en tanto tema de estudio y convergencia cultural en el plano de la lengua común– sino también su concreta filiación española. Su «hispanismo» se inscribe –hay que decirlo sin vueltas– más en un concepto de «hispanidad» tutelar, de Madre Patria unitaria e indisoluble que en una concepción más moderna del hispanismo, asentada en el conocimiento y en la incorporación de una pluralidad de pares. Obras como *El solar de la raza* dan sobrado testimonio de ello²⁹.

²⁶ Cf. su art. «Manuel Gálvez y Eduardo Mallea», *Revista Iberoamericana*, XIX, N.º 37 (1953), pp. 71-78. No por azar Gálvez se refiere en diversas oportunidades a la obra de Mallea; cf. p. ej. sus *Recuerdos de la vida literaria*, T. II; «En el mundo de los seres ficticios», Buenos Aires, Hachette, 1961.

²⁷ Es bien sabido que este interés se ha acentuado en los últimos años. De este modo, a aquellos ya antiguos trabajos de Rafael A. Arrieta y Guillermo Díaz Plaja, se añaden nuevas y notables aportaciones, entre las que se encuentran los estudios de Emilia de Zuleta, Enrique Zuleta Álvarez, Hugo Cowes y otros. Los últimos tres congresos de la Asociación Argentina de Hispanistas, celebrados respectivamente en Mendoza (1989) en Buenos Aires (1992) y en Mar del Plata (1995); han convocado una serie de nuevos e interesantes aportes en esta dirección. Cf. las respectivas Actas.

²⁸ En nuestro caso particular, nos hemos detenido en uno y otro, desde diversos ángulos. Cf. D. Cvitanovic et al., *La Argentina y Europa (1930-1950)*, Bahía Blanca, Departamento de Humanidades, 1996.

²⁹ Citamos esta obra en particular (Buenos Aires, Sociedad Cooperativa Nosotros, 1913) por ser definitoria en este aspecto, pero la devoción española del escritor es tangible en muchas páginas de su obra.

Por otra parte, en lo que concierne a su extensa obra novelística, Gálvez ha declarado su deuda con las letras españolas del XIX, sobre todo con Galdós, además de otros grandes novelistas no españoles del mismo siglo, entre ellos Emilio Zola, por citar uno de los que con mayor asiduidad menciona la crítica, aunque el propio Gálvez se encargó de relativizar este último parentesco³⁰. En todo caso, en la carrera literaria de Gálvez hay una larga etapa vinculada con el realismo finisecular, sin que en este caso puedan vislumbrarse con la necesaria honestidad intelectual raíces anteriores.

En la década del treinta, Gálvez participa intensa y significativamente de la inflexión intelectual que tipifica este período. Su novela *Hombres en soledad* puede considerarse resultado de una maduración lenta pero firme, encaminada hacia una abstracción más pretenciosa de los valores tradicionales y un cuestionamiento más hondo de la espiritualidad de los argentinos³¹. Por entonces, el escritor parece haber superado el primitivo enfoque realista, superación que más tarde habrá de vindicar —exageradamente— como un rasgo de toda su novelística.

No es mi novela naturalista, ni siquiera realista, puesto que las cosas no son descritas. Como en las de Unamuno, sólo hay almas, luchas de almas...³².

Entendemos que en esta inflexión de la novelística de Gálvez es decisiva la presencia de los grandes pensadores españoles de la generación del 98. La mención de Unamuno no es casual. Gálvez había leído y admiraba a Unamuno, quien tuvo gran influencia sobre su pensamiento. Gálvez toma del 98 en general y de Unamuno en particular un sentido de «evangelización» del país, más allá de que esta evangelización no fuera una actitud de sacristía o cenáculo cerrado, sobre todo en el caso del impar escritor español.

Debe quedar en claro que Gálvez no inicia en esta década su frecuentación de los hombres del 98. El propio escritor relata en sus *Recuerdos de la vida literaria*³³ que siendo muy joven, a partir del año 10, recibía en su casa de Buenos Aires a gentes muy variadas, entre ellas a Valle-Inclán. Luego, cumplida la frecuentación de algunos de los hombres del 98 y de sus obras, la novelística de Gálvez se enriquece en dimensiones antes no abordadas.

³⁰ Ver sobre este punto, «En el mundo de los seres ficticios», *op. cit.* p. 126; cf. t. la discusión de este punto en Myron L. Lichtblau, Manuel Gálvez, New York, 1972, especialmente el cap. 5.

³¹ Ver sobre este punto D. Cvitanovic, «Europa como drama en una novela de Manuel Gálvez», en *La Argentina y Europa (1930-1950)*, *cit.*, pp. 47-62.

³² Cf. Manuel Gálvez, *Recuerdos de la vida literaria*, T. III, Buenos Aires, Hachette, 1961, p. 362.

³³ Cf. *op. cit.*, T. I, 00. 307 y sigs.

Este proceso puede analizarse con bastante precisión desde *Hombres en soledad* hasta *Las dos vidas del pobre Napoleón* (1954).

Si la asociación de Gálvez con el «barroco» resulta difícil, si es que no se la descarta por completo, como lo hizo en su momento Carlos Mastronardi³⁴ su adscripción al 98, en cambio, sobre todo en registro unamuniano, no puede negarse.

Por otra parte, la trayectoria de Gálvez, cuyas disparidades fueron señaladas en repetidas oportunidades (por ejemplo la convivencia entre determinismo naturalista y catolicismo, entre otras) no carece de coherencia si se la examina desde la propia perspectiva de la historia literaria española. No debe olvidarse que Galdós –uno de los mentores primarios de Gálvez– no deja de ser un punto de referencia para los noventayochistas. En su momento, Ricardo Gullón señalaba que tanto Baroja como Azorín habían admirado al autor de *Fortunata y Jacinta* y que el propio Unamuno, negador de su don poético, «no ignoró la grandeza de su empeño y la trascendencia de su obra»³⁵. Pero el parentesco e incluso la influencia que ejerció Galdós sobre los hombres del 98 conciernen sobre todo a la probidad intelectual, al amor de la patria y al diagnóstico de los males nacionales. Y éste es precisamente el ámbito en que debe visualizarse la relación de Gálvez con aquella generación española.

Gálvez empalma con Mallea cuando su visión de la realidad se torna intimista y adquiere un contenido definidamente existencial, tal como lo hemos estudiado en particular a través de *Hombres en soledad*³⁶. Pero este paralelismo, más allá de las afinidades temáticas y la eventual supremacía temporal de uno u otro, que tanto preocupó a Gálvez³⁷, no impide marcar las diferencias.

En tanto en la novela de Gálvez se pueden rastrear ecos unamunianos, directos e indirectos –intentos de vivencias paradójicas, teatralización alegórica– la formación literaria de Mallea tiene indudablemente un horizonte mucho más amplio. En Mallea no se advierte una hispanofilia *avant la lettre* como la de Gálvez. Sus inquietudes intelectuales, sus lecturas filosóficas, su formación literaria, cubren un vasto espectro europeo. Sus pretensiones y sus proposiciones en cuanto a la técnica narrativa son más ambiciosas y por lo pronto más «renovadoras» que las de Gálvez, aun si consideramos a éste en su última etapa de maduración. Baste tener presen-

³⁴ Cf. Carlos Mastronardi, «Gálvez y el estilo barroco», *Sur*, 245 (1957), pp. 104-107.

³⁵ Cf. Ricardo Gullón, *Galdós novelista moderno*, Madrid, Gredos, 1973, p. 155.

³⁶ Ver art. cit. en n. 31.

³⁷ Cf. Recuerdos de la vida literaria, «Entre la novela y la historia», pp. 265 y sigs.